

2 Crónicas

2 Crónicas 1:1-17

Se nos introduce de golpe en el reino del gran **Salomón**. Su nombre, que significa «**el pacífico**», dirige nuestra mirada en Jesús como “Príncipe de paz” (Isaías 9:6), cuyo reinado venidero es ricamente ilustrado por los relatos y las descripciones que vamos a leer. Notemos bien que en estos capítulos se trata, ante todo, del reino y del culto **terrenales** del Mesías de Israel. Pero, más de una vez, nuestros pensamientos serán dirigidos, por analogía o contraste, hacia la Iglesia y su Jefe.

El pedido que Jehová lee en el corazón del joven rey corresponde a una petición de Pablo a favor de los efesios. Él los mencionaba en sus oraciones: “Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé **espíritu de sabiduría** y de revelación en el **conocimiento de él**, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento” (Efesios 1:17-18).

“Porque Jehová da la sabiduría... y de su boca viene el conocimiento y la inteligencia”, escribe Salomón en el libro de los Proverbios (cap. 2:6). Deseemos poseer esta sabiduría y pidámosla a Aquel que “da a todos abundantemente y sin reproche” (Santiago 1:5).

2 Crónicas 2:1-10

Las relaciones de Hiram, rey de Tiro, con Salomón prefiguran las que tendrán con Israel todas las naciones de la tierra durante el reinado de mil años. Entonces, “la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar. Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa” (Isaías 11:9-10). Hiram bendice a Jehová, quien hizo los cielos y la tierra (v. 12).

Además de lo que David había acumulado para la casa de Dios, también había preparado obreros para cumplir el trabajo (final del v. 7; véase también 1 Crónicas 22:15-16). Así ocurre hoy en día con la obra del Señor. Todo trabajo para él necesita una cuidadosa «puesta a punto» de sus siervos. Empezar demasiado pronto un servicio nos expone, por consiguiente, a hacer un mal trabajo. Dios, que preparó las **obras**, también llamó y formó a los **obreros** para hacerlas. Efesios 2:10 nos recuerda que “somos **hechura** suya, creados en Cristo Jesús **para buenas obras**, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”.

2 Crónicas 2:11-18

Al meditar el libro de los Reyes, comprendimos que Hiram-Abi (o Hiram, que debe distinguirse del rey), el obrero más hábil entre todos, era una figura del Espíritu Santo. Bajo la esclarecida dirección de ese hombre, los artesanos preparados por David van a cumplir su tarea. El creyente será hecho capaz de servir, al dejarse conducir por el Espíritu de Dios. Vemos, en los Hechos, cómo el **Espíritu** comunica a los apóstoles las órdenes del Señor (Hechos 1:2; 8:29; 13:2, 4); ¡prestemos oído a su voz! Como a Pablo y a sus compañeros, ella nos dirá a menudo: «¡No hagas esto; no vayas allá!» (Hechos 16:6-7).

Fueron contados 153.600 hombres para hacer el trabajo. Algunos eran changadores, otros tallaban piedras; finalmente había capataces. Así, se sugiere la actividad cristiana de tres formas:

1. llevar las cargas por medio de la **oración**;
2. sacar piedras vivas de la cantera del mundo y labrarlas: obra del **evangelista** y de los otros **ministerios** (Efesios 4:11-12);
3. velar sobre la obra y la manada (1 Timoteo 3; 1 Pedro 5:1-4).

Hay un detalle notable: los equipos se componen de cananeos, esos extranjeros que otrora eran enemigos y una trampa para Israel. Durante el reinado del rey de paz, llegan a ser útiles servidores.

2 Crónicas 3:1-17

Las Crónicas presentan la construcción del templo desde un punto de vista distinto al del libro de los Reyes. Este último lo consideraba, sobre todo, como la habitación de Jehová en medio de su pueblo. Nuestro libro nos lo muestra más bien como el **lugar** en que el adorador es admitido para encontrar a su Dios. El **fundamento** de la Casa está establecido sobre el monte de Moriah, donde la gracia de Dios había hecho cesar el juicio y había consumido el holocausto.

En lo que concierne a la Iglesia, mediante la declaración de **Pedro**, y por la respuesta del Señor Jesús, sabemos sobre qué roca fue edificada: “Tú eres el **Cristo, el Hijo del Dios viviente**” (Mateo 16:16, 18).

Salomón construye sucesivamente el pórtico, la casa propiamente dicha y el lugar santísimo. Luego confecciona los dos grandes querubines, el velo y las dos columnas: Jaquín y Boaz. La extraordinaria altura del pórtico solo se menciona aquí: ciento veinte codos, o sea, cuatro veces la altura de la casa. ¿No es esta una ilustración del Salmo 24:7 y 9 que repite: “Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el **Rey de gloria**”? Para una persona tan grande, ¿qué puerta convendría?

2 Crónicas 4:1-22

La casa, toda cubierta de oro, habla de la justicia divina, perfecta y pura. Por eso, el adorador no podía acercarse a ella sin haber pasado antes por el **altar de bronce** de los sacrificios. Este altar es cuadrado y sus dimensiones, veinte codos de longitud y veinte de anchura, son idénticas a las del “oráculo”. Dicho de otro modo, las **glorias** de ese lugar santísimo corresponden a la grandeza y a la perfección del **sacrificio** representado por el altar.

Luego se menciona el “mar”, cuyos doce bueyes recuerdan el trabajo paciente y perseverante de Cristo según Efesios 5:26, así como la firmeza que hay que desplegar en todas las direcciones para resistir a influencias exteriores y preservar la pureza. Solo después se enumeran las fuentes, las mesas, el altar de oro y los diversos accesorios de los sacerdotes, como para recordarnos que solo podemos gozar de las verdades representadas por estos objetos después de habernos purificado moralmente en el “mar de bronce” (Salmo 26:6; 2 Corintios 7:1).

Con excepción de la copa y del pan de la Cena, el adorador del Nuevo Testamento ya no tiene ante él **objetos visibles**, ni sacramentos, ni ceremonias. Es invitado con toda simplicidad a participar de la cena del Señor. Rinde su culto **en espíritu y en verdad** (Juan 4:24).

2 Crónicas 5:1-14

La magnífica casa está acabada. Pero aún le falta el objeto principal: el **arca santa**. Su introducción “en su lugar, en el santuario de la casa, en el lugar santísimo, bajo las alas de los querubines” (v. 7), dirige nuestra mirada en Jesús, **exaltado** por Dios mismo, centro de la alabanza universal, llenando el cielo y la tierra con su gloria. El Señor es objeto de la admiración de los ángeles (los querubines; 1 Timoteo 3:16) y de la adoración de su pueblo bienaventurado: **una misma voz y varios instrumentos** (v. 13; Salmo 150). **Un solo cántico**: el cántico nuevo, cantado por una multitud de redimidos, trayendo **cada uno su nota particular**, pero en un perfecto acorde.

De los tres objetos que el arca había contenido: el **maná** en su jarrón de oro, la **vara de Aarón** el sacerdote, y las **tablas de la ley**, solo subsisten estas últimas (v. 10). En los tiempos del viaje, ya acabado, Dios dio el **maná** y condujo al pueblo hacia Él por medio del **sacerdocio**. Ahora el arca está en Sion, en el reposo de Dios, quien cumplió su promesa. Y él mismo, con base en un nuevo pacto garantizado por las **tablas**, descansa “en su amor” en medio de su pueblo redimido (Sofonías 3:17, V. M.)

2 Crónicas 6:1-11

Salomón, delante de todo el pueblo reunido, celebra al Dios de Israel y recuerda sus misericordias, así como por qué motivo el templo fue construido.

El deseo del rey es volver el corazón del pueblo hacia Jehová. Y pensamos en Aquel que proféticamente declaró, como si estuviera ya del otro lado de la muerte: “Anunciaré tu nombre a mis hermanos; **en medio de la congregación** te alabaré” (Salmo 22:22). A veces tememos dirigirnos **a Dios** en nuestras oraciones. Creemos encontrar más comprensión y ternura junto al Señor Jesús. ¿No es una falta de confianza para con el Dios de amor? “El Padre mismo os ama”, afirma el Señor a sus discípulos (Juan 16:27). Cristo desea que conozcamos a su Padre como él le conoce. Pero fue necesaria la cruz para establecer esta relación. Por eso, después de su resurrección, sus primeras palabras a favor de los suyos fueron: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (Juan 20:17). Ahora que la obra de la redención está cumplida, ya no tenemos que habérnosla con un Dios temible ni con un juez que se debe apaciguar y conmovér. Para nosotros Dios es un Padre, a quien podemos acercarnos sin miedo en el nombre del Señor Jesús.

2 Crónicas 6:12-42

Debemos notar que el estrado de bronce desde el cual el rey se dirige a Jehová, posee exactamente las mismas dimensiones que el altar de bronce del desierto (v. 13; Éxodo 27:1). Este detalle tiene un hermoso e importante significado: **Con base** en su **sacrificio** cumplido y aceptado por Dios, Cristo ejercita a favor de los suyos sus oficios de **sacerdote** y **abogado** junto al Padre. De modo que “si confesamos nuestros pecados”, Dios es “**fiel y justo**” para perdonarlos. Fiel y justo porque Jesús los expió en la cruz (de la cual nos habla el altar). Dios no puede pedirnos cuenta de ellos una segunda vez.

Notemos que no se dice: «... si **pedimos perdón**»; porque al hijo de Dios ya le fue otorgado el perdón; sino: “... **si confesamos**”. Y el mismo pasaje prosigue, asegurándonos que “si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 1:9; 2:1-2).

Después de los versículos 22 a 29, no muy diferentes de 1 Reyes 8:31 a 53, Salomón termina su oración valiéndose de las palabras del Salmo 132:8-10. “Oirás en los cielos... oirás desde los cielos”. Los creyentes, conocedores de la voluntad de amor del Señor, pueden decir por experiencia: “Sabemos que él nos oye” (1 Juan 5:15).

2 Crónicas 7:1-10

En respuesta a la oración del rey, el fuego desciende sobre el holocausto. Y por segunda vez (véase cap. 5:14), **la gloria de Jehová** llena la Casa. En adelante, y hasta el tiempo de Ezequiel, morará allí (Ezequiel 10:18; 11:23).

El temor que esta gloria inspira impide que los sacerdotes penetren en la Casa (2 Crónicas 5:14; 7:2). En contraste, pensemos en lo que nos corresponde en la eternidad. El Señor quiere tener a los suyos junto a él **en la gloria**. Ya en el santo monte fue presentado a los discípulos, estando **con él** Moisés y Elías, en la nube resplandeciente, llamada “**la magnífica gloria**” (Mateo 17:5; 2 Pedro 1:17).

Todo el pueblo se prosterna y entona el cántico que se entonará también en el reinado del milenio: “Alabad al Señor, porque para siempre es su misericordia” (v. 3; Salmo 136). Después se ofrecen sacrificios en inmensa cantidad: 22.000 bueyes y 120.000 ovejas. Aquí también, ¡qué contraste con la “**sola ofrenda**” mediante la cual fuimos santificados y hechos perfectos: la “del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre”! (Hebreos 10:10, 14).

Luego, el pueblo del gran rey goza alegremente de la Fiesta de los Tabernáculos.

2 Crónicas 7:11-22

Terminada la Casa, fue inaugurada. En su respuesta a Salomón, Jehová declara que la santificó, para que **Su nombre** habitara en ella para siempre (v. 16, 20). ¡Qué seguridad más bienaventurada! Hoy en día la congregación de creyentes, a la cual Jesús prometió su presencia, se caracteriza por reunirse al **nombre del Señor** (Mateo 18:20). De ahí la seria responsabilidad de no tolerar nada que deshonre este Nombre y esta presencia. Precisamente en este sentido Jehová advierte a Salomón a partir del versículo 19.

Pero al mismo tiempo, la presencia del Señor en medio de los suyos les asegura **todo** lo que su alma necesita. Entonces, ¿cómo es posible que ciertas reuniones sean lánguidas y rutinarias? Algo falta, y evidentemente no es el cumplimiento de la promesa del Señor. ¡Ay!, lo que falta es **la fe, nuestra fe** en Su presencia, la que es suficiente para bendecirnos abundantemente aun **allí**.

Notemos que la respuesta divina en todos los detalles corresponde a la oración del rey en el capítulo precedente. Por ejemplo, comparemos el versículo 15 con el 40 del capítulo 6. Sí, aguardemos de Dios **precisas** bendiciones. Él se complacerá en concedérmolas.

2 Crónicas 8:1-18

Salomón consolida su reino. Edifica ciudades de aprovisionamiento y obras militares. Entre estas, Bet-horón la de arriba y Bet-horón la de abajo (v. 5) nos recuerdan la extraordinaria victoria de Josué (o más bien la de Jehová) en la **pendiente** que separa estas dos ciudades (Josué 10:11). Ahora, todos los cananeos que sobrevivieron al tiempo de la conquista a causa de la infidelidad del pueblo, son sometidos a rendir tributo. Los hijos de Israel al contrario, por obediencia a la Palabra (Levítico 25:42), están exentos de esos trabajos, los que se reservaban a los esclavos. De esa manera el rey hace una clara diferencia entre los que pertenecen al pueblo de Dios y los que no, incluso cuando se trata de su propia mujer (v. 11). Esta distinción todavía existe hoy, nunca lo olvidemos.

Es cierto que en otros tiempos éramos esclavos del pecado (Romanos 6:20). Pero ahora el Hijo nos liberó; somos **libres** (Juan 8:36), libres para alabar y administrar... “cada cosa en su día” (v. 14). Pero no somos libres para hacer nuestra propia voluntad. “No se apartaron del mandamiento del rey” (v. 15). El versículo 13 menciona el mandamiento de Moisés, y el versículo 14 el de David. Para el creyente, la verdadera libertad consiste en hacer, por amor, la voluntad del Señor.

2 Crónicas 9:1-12

Al lado de su carácter profético, la visita de la reina de Sabá ilustra el camino del pecador que acude al Salvador. Es la oportunidad para hablar a aquellos de nuestros lectores que todavía no hayan dado **ese paso de fe** hacia el Señor Jesús: sepan que nada de lo que se les dice con respecto a él puede ser comparado con el **conocimiento personal** que hagan de él. De modo que solo les diremos, como Felipe a Natanael: **“Ven y ve”** (Juan 1:47; comp. v. 6).

Y nosotros que conocemos al Señor Jesús desde hace tiempo, ¿sabemos cuál es el más poderoso testimonio que podamos dar de él? ¡Mostremos que somos **felices!** Alrededor de nosotros, sin confesarlo, muchos suspiran por **la verdadera felicidad.** ¿Pueden constatar que la poseemos, y que el secreto de esa felicidad es nuestra relación personal con **el Señor?** Nuestra parte ¿les causa envidia, como era el caso de la reina con respecto a los servidores de Salomón? Si tenemos un aspecto triste, pensarán que Jesús no está en condiciones de satisfacer nuestro corazón, e impediremos que otros vengan, vean... y crean.

Notemos que no hay una medida común entre lo que la reina trajo y lo que recibe: “Todo lo que ella quiso y le pidió” (v. 12).

2 Crónicas 9:13-31

¡Gloria, riquezas, sabiduría, poder! El reinado del hijo de David termina con una magnífica visión. No solo la reina de Sabá, sino todos los reyes de la tierra acuden para oír la sabiduría del gran Salomón, para traerle presentes; pero, ante todo, **procuran ver su rostro** (v. 23).

¡Con cuánta más razón ocurrirá así con el Señor Jesús cuando venga! “Verán reyes, y se levantarán príncipes, y adorarán por Jehová; porque fiel es el Santo de Israel, el cual te escogió” (Isaías 49:7; léase Isaías 11:10). También está escrito: “Tus ojos verán al Rey en su hermosura” (Isaías 33:17). El cumplimiento de esta promesa será para Israel y para las naciones la suprema bendición. Pero, Sus bienaventurados redimidos serán los primeros en contemplarle.

¡Sí, ver al Señor! Este pensamiento, ¿llena nuestro corazón de gozo... o de temor? ¿O nos deja indiferentes?

La historia de Salomón ha concluido. Pero, ¿dónde están los graves pecados puestos en evidencia en el primer libro de los Reyes? ¿Es posible que nuestro libro no haga la menor mención de ellos? En verdad, la maravillosa gracia de Dios los borró a fin de mostrarnos a través de este rey a Uno más grande que Salomón.

2 Crónicas 10:1-19

Israel se reúne en Siquem alrededor del nuevo rey y le pide: “Alivia algo de la dura servidumbre...” ¿Qué aconsejan los ancianos a Roboam? “Si te condujeres humanamente con este pueblo, y les agradares...” (v. 7). Y en 1 Reyes 12:7: “Si tú fueres hoy **siervo** de este pueblo y lo **sirvieres...**”. Tal es, incluso para un rey, la única manera de ganar o guardar los afectos de otros. Nuestros pensamientos se dirigen hacia el Señor Jesús, “quien no vino para ser servido, sino para servir” (Mateo 20:26-28). Sus títulos de gloria no lo detuvieron en su camino de humillación, de amor y de abnegación. De modo que ahora tiene todo derecho a la obediencia de los hombres (Filipenses 2:6-11). Conforme a ese gran Modelo, los que tienen una posición de autoridad deben ser los primeros en el servicio. ¿Cómo exigir obediencia y abnegación cuando uno mismo no da el ejemplo? Roboam **rehusó servir** a su pueblo. ¿Sería extraño que a su vez las diez tribus **se negasen a servirle**? Su propio orgullo las apartó del camino de la **humilde** sumisión. ¡Y se provoca la división! Hasta el advenimiento del Señor, el pueblo nunca más volverá a encontrar su verdadera unidad.

2 Crónicas 11:1-23

La división de Israel en dos reinos fue un juicio de Dios. Es, pues, inútil juntar 180.000 hombres escogidos para cambiar totalmente la situación. Roboam, advertido por el varón de Dios, renuncia a su empresa y consagra sus fuerzas en construir ciudades para asegurar la protección y el abastecimiento de su pequeño reino.

Por su lado, Jeroboam tampoco está inactivo; pero en un sentido muy diferente. Por temor a perder su influencia si deja que sus súbditos suban a Jerusalén para las fiestas, establece un culto nacional idólatra, abominable a los ojos de Dios. Entonces, los sacerdotes y los levitas de las diez tribus muestran su apego a Jehová y a sus mandamientos. Dejan la tierra contaminada por los ídolos y se establecen en Judá, porque prefieren abandonar todo lo que poseen, antes que permanecer asociados a la iniquidad. Cuántos cristianos debieron y deben aún hacer lo mismo por fidelidad al Señor.

Alentados con el ejemplo de esos levitas, otros fieles pertenecientes a las diez tribus, probablemente sin dejar de habitar sus ciudades, de ahí en adelante suben a Jerusalén para sacrificar allí por obediencia a la Palabra.

2 Crónicas 12:1-16

Tres cortos años duró la fidelidad de Roboam y su pueblo. Entonces, como antaño bajo el gobierno de los jueces, Dios les habla, suscitándoles un adversario. La ofensiva del faraón Sisac va a permitir al rey y al pueblo comparar el servicio a Jehová con el del rey de Egipto (v. 8). Primera comprobación: mientras que Jehová **enriquece** a sus siervos, el enemigo **despoja** a los que reduce a esclavitud.

Las palabras del profeta Semaías produjeron humillación en el corazón de los príncipes de Israel y del rey; los llevaron a decir: “Justo es Jehová”. Reconocer esta justicia... aun cuando debió ejercitarse contra nosotros, siempre es una buena señal (véase Lucas 23:41). Esto permite a Dios revelarse luego, no solo como un Dios **justo**, sino también como un Dios **misericordioso y Salvador**. Vemos cómo en su gracia subraya “las buenas cosas” que puede discernir todavía en el reino de Judá. Pese a todo, en conjunto, Roboam **“hizo lo malo”** (v. 14). Este mal tiene raíces lejanas, porque su madre, una **amoni-ta**, había sido mujer de Salomón desde antes de la muerte de David (comp. cap. 9:30; 12:13).

2 Crónicas 13:1-12

Contrariamente a las instrucciones de la Palabra (Deuteronomio 21:15-17), Roboam establece como heredero y sucesor a **Abías**, hijo de su mujer preferida, Micaías (o Maaca; véase 2 Crónicas 11:20-21), la que, además, era idólatra (cap. 15:16). Con tanta infidelidad solo puede resultar un mal reinado. Y, sin embargo, la corta historia de ese rey contiene una hermosa página. Si bien se la omite en los Reyes, nuestro libro de la gracia no puede callarla. Se trata de la guerra que estalla entre Abías y Jeroboam. Según Lucas 14:31, de parte del rey de Judá era insensato emprender una guerra con la mitad de soldados que su adversario. Pero Abías cuenta con buenos medios que, a sus ojos, compensan su inferioridad numérica. Los hace valer en el discurso que dirige al ejército de Israel. Del lado de Judá, aún permanece la dinastía de David, el verdadero culto y el sacerdocio, así como la presencia de **Jehová**. Abías pretende no haberle abandonado (v. 10), prueba de que no se conoce a sí mismo. Finalmente, él tiene un arma secreta, más eficaz que todas; mañana veremos el decisivo papel que va a jugar: es la trompeta del júbilo (v. 12).

2 Crónicas 13:13-22

La arenga de Abías a las tropas de Israel fue pronunciada con un tono de superioridad de muy mal gusto. Es necesaria, pues, la maniobra de rodeo de Jeroboam para poner a prueba al rey de Judá y su ejército. En un instante, este se encuentra cercado en la retaguardia, a punto de ser aplastado. Pero un camino permanece despejado: **el cielo**. El clamor de angustia sube a Jehová; toda presunción se ha esfumado y **la fe** se muestra. Ella se sirve de un instrumento de guerra extraño... pero bien conocido en la historia de Israel: **las trompetas** (véase Josué 6:4; Jueces 7:18). Es un arma irresistible, porque la fe que se sirve de ella se apoya en la divina Palabra y en sus promesas siempre valederas (léase Números 10:9). ¡Y el llamado de la fe es oído! El sonido agudo habla **al corazón de Dios** acerca del peligro que corren los suyos. Y sin duda, también habla solemnemente al corazón de **los hombres de Jeroboam** que hacen la guerra contra sus hermanos... y contra Jehová.

El ejército de Israel es despedazado y **humillado** (v. 18), prueba de que **ni la fuerza** (v. 3), ni la **astucia** (v. 13) pueden más que **la confianza en Dios**.

2 Crónicas 14:1-15

El fiel rey **Asa**, hijo y sucesor de Abías, purifica a Judá de su idolatría. Nuestro libro insiste en **la paz** y la tranquilidad que goza el país durante la primera parte de su reinado (v. 1, 5-7). Asa aprovecha esa paz para edificar ciudades fortificadas y reforzar la defensa del territorio. Así nos da una importante lección. Ciertos períodos de nuestra vida corresponden a tiempos de **descanso**: vacaciones, diversos momentos de ocio o de tranquilidad. Aprovechémoslos para fortalecer nuestras almas con la lectura de la Biblia y para afirmarnos en la verdad. Se debe vestir “toda la armadura de Dios” por anticipado para que se pueda “resistir en **el día malo**” (Efesios 6:13).

El día malo, el de la ofensiva de Zera, encuentra, pues, a un Asa preparado. “Sobre todo”, dispone del “**escudo de la fe**”, dicho de otro modo, de la sencilla confianza en su Dios. Ella brilla en la hermosa oración del versículo 11. **De su lado** no hay fuerza, pese a sus 580.000 soldados. Frente a él hay un millón de adversarios (v. 9). ¡A los ojos del hombre es un conflicto muy desigual! Pero es siempre cierto que “cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Corintios 12:10). Dios responde a la fe de Asa dándole una brillante victoria y un considerable botín.

2 Crónicas 15:1-19

Asa ha sido fiel. Dios lo alienta otra vez por medio de Azarías. Su Palabra es tan necesaria **después** del combate como antes. Porque la tendencia natural entonces es **relajarse**. “No **desfallezcan** vuestras manos”, recomienda el profeta, agregando esta promesa: “Pues hay **recompensa** para vuestra obra”. Estas palabras producen su efecto. Asa, lleno de energía, hace desaparecer del país las cosas abominables y restablece el servicio del altar. Este notable celo entusiasmo no solo a los de Judá y Benjamín, sino también a “muchos de Israel” (v. 9). Así ocurrirá con la abnegación que manifestemos por el Señor. Alentará a otros creyentes, quizá más tímidos, a demostrar su fe. Es una experiencia por la cual muchos han pasado, particularmente en el servicio militar. Alguien dijo: «Un corazón sinceramente apegado al Señor es lo que habla a la conciencia de los demás» (W. Kelly). Asa comprende que no puede pedir al pueblo una completa purificación si él mismo no da el ejemplo en su propia casa. Y no vacila en actuar con rigor para con Maaca, la reina madre; le quita su corona y reduce su ídolo a polvo y ceniza.

2 Crónicas 16:1-14

De los **hechos de Asa**, el versículo 11 distingue entre los **“primeros”**, agradables a Dios, y los **“postreros”**, por desgracia muy diferentes.

Baasa, rey de Israel, celoso al ver muchos de sus súbditos ir al país de Judá (cap. 15:9), construye una ciudad para impedirles el paso. Entonces Asa, en lugar de apoyarse en Jehová para detener a Baasa en su empresa, hace una alianza profana con Siria. Aparentemente es una buena estrategia, ya que produce el efecto deseado. Pero Dios no lo juzga así y reprende al rey por medio de un profeta. Su falta de confianza en Dios –y de memoria (v. 8)– lo priva de una victoria sobre los sirios. Herido en su amor propio e irritado por haber dejado escapar tan buena ocasión, Asa encarcela al que se ha hecho su enemigo por decirle la verdad (Gálatas 4:16), y oprime a algunos del pueblo. Dios lo disciplina mediante una dolorosa enfermedad. Sin embargo, esto no lo hace reaccionar. Sigue confiando en los hombres antes que en Dios, y tristemente muere sin haber aprendido la última lección. Durante treinta y cinco años sobre cuarenta, Asa había andado con Dios. Faltaron pocos años para que acabara bien su carrera. Pidámosle al Señor que nos guarde hasta nuestro último día (2 Timoteo 1:12; 4:18).

2 Crónicas 17:1-19

Encontramos nuevamente a **Josafat**, rey piadoso, de quien se nos habla mucho en los libros de los Reyes. Recordemos que a partir de la muerte de Salomón, **las Crónicas** relatan la historia de los reyes de **Judá**, mientras que en **los Reyes** se trata sobre todo de los de **Israel**. Entonces, ¿por qué la vida de Josafat ocupa tanto lugar en ellos? Porque, por desgracia, está estrechamente unida a las de Acab y de Joram, reyes de Israel. Pero nuestro capítulo solo tiene buenas cosas que decir de este rey. Se hace fuerte (v. 1), anda “en los primeros caminos de David”, busca al Dios de su padre, anda en Sus mandamientos, su corazón se anima, quita los ídolos (v. 1-6). Y no solo se **separa del mal** como lo hizo Asa su padre, sino que **hace el bien** (v. 7-11). Estos son dos aspectos inseparables de la actividad cristiana (Romanos 12:9; 1 Pedro 3:11). De los oficiales superiores, Amasías se ofreció voluntariamente a Jehová (v. 16), como un verdadero nazareo (Números 6:2; véase también 2 Corintios 8:5). Es posible – y es un llamado dirigido a cada creyente– estar consagrado al Señor mientras se cumple fielmente su oficio o su trabajo cotidiano. “Todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor”, ordena Colosenses 3:23.

2 Crónicas 18:1-34

Prosigue la historia de Josafat. Lo que hizo caer a ese hombre fiel fueron las personas que frecuentaba. Las relaciones mundanas, los intercambios de amabilidades entre gente del mismo medio social son trampas para muchos creyentes (1 Corintios 15:33). Vemos cuáles son las consecuencias para Josafat.

1. Es llevado a concertar una noble unión para su hijo, dándole como mujer a una hija de la casa real de Israel, ¡la cual no es otra que Atalía! (2 Reyes 8:18). Sin duda, a los ojos de los hombres es un **brillante** casamiento. En realidad, es el punto de partida de la infalible **ruina** de toda su familia.

2. Niega su testimonio al ponerse al mismo nivel que el malvado rey de Israel: “Yo soy como tú” (v. 3).

3. Finalmente, el temor de desagradar a su amigo real lo arrastra a la peligrosa recuperación de Ramot de Galaad.

En verdad, meditemos y retengamos Gálatas 1:10. La alianza concertada entre Josafat e Israel **contra** los sirios no era mejor que la de su padre Asa y los sirios **contra** Israel. Termina por colocar al desdichado rey en una situación dramática, como la de Saúl en el monte de Gilboa. ¡Solo Dios, en respuesta a su clamor, le permite escapar milagrosamente de esa situación! (véase Salmo 120:1).

2 Crónicas 19:1-11

La funesta alianza con Israel le vale a Josafat una severa reprobación de parte de Jehová. Jehú formula al rey una pregunta que lo sondea, al mismo tiempo que le enseña lo que Dios piensa de Acab: “¿Al impío das ayuda, y amas a los que **aborrecen a Jehová?**” (v. 2).

Creyentes, no olvidemos el terrible nombre que la Palabra da a los que aman al mundo: “Cualquiera... que quiera ser amigo del mundo, se constituye **enemigo de Dios**” (Santiago 4:4).

Jehú fue valiente; una misión semejante, bajo el reinado de Asa, había privado de la libertad a su padre Hanani (cap. 16:7-10). Pero Josafat hace caso a la **reprensión**. Es el medio de ser “**prudente**”, y de adquirir “**entendimiento**” (Proverbios 13:18; 15:5-32). Aceptemos las reprensiones y las observaciones que se nos hagan, puesto que tienen tan bienhechor resultado.

Mientras que Asa, su padre, no había sido restaurado, Josafat, en cambio, después de este eclipse, vuelve a tomar la hermosa actividad del capítulo 17. Esta vez, no contento con enviar emisarios, sale él mismo al pueblo. Como verdadero pastor de Israel, se ocupa en traerlo de vuelta a Jehová (v. 4). Luego establece jueces, a los cuales hace apremiantes recomendaciones.

2 Crónicas 20:1-13

No menos de tres adversarios avanzan juntos contra el pequeño reino de Judá. Son los enemigos de siempre: **Moab, Amon** y otros de **Edom**. Ante la amenaza de invasión, Josafat busca a Jehová y hace pregonar un ayuno. El pueblo se reúne. Refiriéndose a la oración de Salomón (cap. 6:34-35), el rey se pone de pie delante de la santa Casa e invoca a Aquel que prometió escuchar y salvar (cap. 20:8-9). Al sumar los efectivos militares de los cuales disponía Josafat (cap. 17:14-18), se llega al impresionante número de un millón ciento sesenta mil soldados. Sin embargo, prácticamente no se habla de ellos en este largo capítulo. Josafat ha comprendido las palabras del Salmo 33: “Un rey no se salva por la multitud del ejército, ni escapa el valiente por la mucha fuerza... Nuestra alma espera a Jehová; nuestra ayuda y nuestro escudo es él” (Salmo 33:16, 20). Así, el rey reconoce igualmente su falta de fuerza y de sabiduría (v. 12). Y agrega: “A ti volvemos **nuestros ojos**”. “**Los ojos de Jehová** contemplan toda la tierra para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él” (cap. 16:9).

2 Crónicas 20:14-24

La ferviente oración de Josafat recibe una respuesta pública e inmediata. En nombre de Jehová, Jahaziel tranquiliza al pueblo y a su rey. Su discurso es un aliento divino, cuya lectura, desde entonces, ha sido de provecho para muchos creyentes en peligro. Comparemos el versículo 17 con las palabras que Moisés dirige a Israel en el momento de pasar el Mar Rojo: “No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros” (Éxodo 14:13).

Sin esperar a que Dios obre, Josafat, junto con todo el pueblo, da gracias y adora. La fe que de **antemano** no solo pone a un lado toda inquietud, sino que también **agradece** la respuesta, glorifica a Dios. Es actuar como el divino Modelo, quien tenía una entera certeza de la contestación divina. Dispuesto a resucitar a Lázaro en virtud del poder de Dios, su Padre, Jesús comenzó por dirigirse a él, diciendo: “Padre, gracias te doy **por haberme oído**” (Juan 11:41).

¡Cuán hermoso es ese culto celebrado en la misma presencia de los enemigos! (véase Salmo 23:5). Los que alaban salen **delante** de las tropas equipadas. Y el canto de **triunfo** repentinamente entonado da, por decirlo así, la señal de una extraordinaria victoria obtenida sin haber dado un solo golpe.

2 Crónicas 20:25-37

Mientras resuena el cántico de la liberación, ¡los enemigos se matan unos a otros! Para Judá ahora solo se trata de comprobar el aniquilamiento y apoderarse del abundante botín. ¡Cuántas veces, de la misma manera, Dios hizo desaparecer de nuestro camino dificultades que nos parecían insuperables! Luego, el pueblo vuelve a juntarse para celebrar a Jehová en el valle de Beraca, o valle de la bendición (léase Salmo 107:21-22).

Pensemos en el triunfo que Jesús logró en la cruz sin la menor participación de los creyentes. ¿Qué les queda entonces por hacer? Gozar de los frutos de esa victoria, y con el corazón lleno de agradecimiento, celebrarla en medio del valle terrestre, antes de hacerlo eternamente en la santa Ciudad (comp. v. 28).

El último párrafo vuelve atrás sobre el reinado de Josafat. Recuerda que después de su desastrosa alianza **militar** con Acab, el rey de Judá concertó otra, no menos lamentable, con su hijo Ocozías, pero con finalidad **comercial**. Dios permite que esta sea un fracaso y, por boca de Eliezer, nos dice lo que piensa de esa clase de asociación con el mundo, hecha con la meta de enriquecerse.

2 Crónicas 21:1-20

Ahora, el libro de las Crónicas parece abandonar bruscamente su carácter de libro de la gracia. Salvo excepciones debidas al encadenamiento de los hechos, había cubierto sistemáticamente las **faltas** del pueblo y de su rey, para **subrayar**, al contrario, todo el **bien** que podía ser señalado. Digamos, de paso, que ¡es una cosa que siempre deberíamos hacer! (léase 1 Pedro 4:8).

Las páginas que abordamos contrastan tristemente con las “buenas cosas” que Dios se complació en hacer notar hasta aquí (cap. 12:12, 19:3). Pero a partir de ahora, verdaderamente ya no es posible cubrir la maldad de **Joram** y de sus sucesores. Este rey, yerno de Acab y de Jezabel, homicida (v. 4) e idólatra, **incita** a Judá para que adore a falsos dioses. Es un terrible estado; sin embargo, hace resaltar la incomparable paciencia de Dios para con su pueblo. De modo que la **gracia** seguirá brillando tan magníficamente en este libro, como aumentarán las tinieblas en el reino de Judá. Ella sobreabundará a medida que el pecado abunde (Romanos 5:20).

Una carta de **Elías** llega a Joram para recapitular sus crímenes y anunciarle el castigo divino, el cual no deja de cumplirse.

2 Crónicas 22:1-12

¡Qué triste capítulo! Ocozías, aconsejado por su madre y por los de su parentela del lado de Acab, se alía con Joram rey de Israel y emprende con él una nueva expedición contra los sirios. Esa fatal asociación lo conduce a su completa ruina. Perece violentamente.

Volvamos hacia atrás: **Joram** asesinó a sus seis hermanos (cap. 21:4). Luego, todos sus hijos fueron matados por los árabes, con excepción del más joven, Ocozías (cap. 22:1). Finalmente, en la tercera generación, se produce una nueva masacre del tronco real; una vez más se salva la vida de un solo retoño: **Joás**, un bebé. ¿Cómo explicar estas sucesivas exterminaciones? **Es por el encarnizamiento de Satanás** en su esfuerzo por interrumpir el linaje de David que debía llegar hasta Cristo.

Por otra parte, ¿cómo explicar que cada vez y pese a todo, subsiste un único miembro, el más débil, y no obstante, **un** descendiente de la familia real? **¡Es por la fiel gracia de Dios!** Mantiene la promesa hecha a David de que iba a darle una lámpara (2 Reyes 8:19), ¡lámpara que entonces no es más que un débil pábilo! (véase Mateo 12:20).

2 Crónicas 23:1-11

En medio de la noche moral que reina en Judá, es como si un faro concentrara su haz de luz sobre **Joás**, el precioso y pequeño príncipe. En lo sucesivo, todo el consejo de Dios descansa en ese débil niño, el último “hijo de David” (Salmo 89:29, 36).

¡Cuántas analogías con otro tiempo, más sombrío aún, en el que Herodes ocupa injustamente el trono de Jerusalén! El verdadero rey de los judíos nacido en Belén es preservado, como aquí Joás, de la matanza ordenada por el usurpador. Durante toda su vida en la tierra, Jesús permaneció **escondido** bajo la humilde “forma de siervo” que quiso tomar (Filipenses 2:7). Y todavía está oculto a los ojos del mundo, en el cielo, donde solo la fe lo discierne y conoce. En este capítulo tenemos en figura el día de su gloriosa manifestación. Como estos levitas y jefes del pueblo, los que actualmente le sirven y le esperan le serán asociados en ese día. Aparecerán con él en gloria (véase Colosenses 3:4; 1 Tesalonicenses 3:13). ¡Qué privilegio formar parte de esa bienaventurada escolta, estar con el rey “cuando entre y cuando salga”! (v. 7). Creyentes, ya que esta debe ser nuestra parte, quedémonos desde ahora junto a él por la fe, mientras él por poco tiempo todavía permanece invisible en los cielos.

2 Crónicas 23:12-21

La coronación de Joás y su aparición pública desbaratan todos los cálculos de la malvada Atalía. De la misma manera, la resurrección de Jesús anuló el complot del enemigo.

La usurpadora es muerta a filo de espada. Su súbito castigo prefigura el del Anticristo, cuando el Señor aparezca. Ese “hombre de pecado” será echado vivo al lago de fuego al mismo tiempo que el jefe del imperio romano.

Empero, como su madre Jezabel, esta execrable mujer, Atalía, asesina de sus propios nietos, nos hace pensar igualmente en la **falsa Iglesia**, la gran cristiandad que lo es solo de nombre. Quiso reinar y, para lograrlo, **sacrificó** a las **almas** de las cuales era responsable. ¿Cuál es el juicio del Señor?: “Porque dice en su corazón: Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto; por lo cual en un solo día vendrán sus plagas; muerte, llanto y hambre, y será quemada con fuego; porque poderoso es Dios el Señor, que la juzga” (Apocalipsis 18:7-8). A la muerte de Atalía le sigue la de Matán, sacerdote de Baal, y después, la solemne introducción del reinado de Joás.

2 Crónicas 24:1-27

Mientras Joiada vivía para dirigir a Joás, todo hacía pensar que él sería uno de los mejores reyes. Pero la muerte del sumo sacerdote da a su vida un giro fatal. ¿Cómo explicarlo? En lugar de apoyarse directamente en Dios –lo que es propio de la fe– Joás descansaba en su padre adoptivo, y cuando este faltó, su fidelidad se derrumbó. No tenía una fe **personal**.

No se engañen, jóvenes lectores que tienen padres cristianos: la educación, las buenas costumbres, las más venturosas disposiciones, todas estas cosas **no son fe**. Y la fe **de sus padres** tampoco es la fe de ustedes. Una vez que ellos se hayan ido, a ustedes, ¿les quedará el Señor?

Vienen los príncipes del pueblo y halagan a Joás. “Y el rey los oyó” (v. 17; Proverbios 29:12). ¿Qué hace bajo su influencia? Hechos que nos hacen estremecer: ordena el homicidio del hijo de su bienhechor. El Señor recuerda a los fariseos hipócritas la muerte de Zacarías (cuyo nombre significa: **aquel de quien Jehová se acuerda**) en el momento en que están a punto de cometer un crimen aún más horrible (comp. Mateo 23:34-35; véase también Mateo 21:35-39).

2 Crónicas 25:1-28

Amasías sucede a su padre Joás. En general, empieza haciendo lo que es recto ante los ojos de Jehová. Pero se agrega: “aunque no de perfecto corazón”. Un **perfecto** corazón no significa que el pecado esté ausente de él, sino que contiene la decidida voluntad de hacer solo una cosa: agradar a Dios, obediéndole (comp. esta palabra en Filipenses 3:15 con el versículo que la precede).

Primera falta: Amasías sale a la guerra contra Edom y toma a sueldo a cien mil mercenarios de Israel para reforzar su ejército. Reprendido por un varón de Dios, se somete y triunfa sobre sus enemigos. Pero después, ¡qué decadencia! En el **dividido** corazón de Amasías los ídolos de los edomitas hallan un lugar (véase v. 14). Y como no es posible servir a la vez a Dios y a los ídolos (Mateo 6:24; Lucas 16:13), desde ese momento Jehová desaparece de su pensamiento. Amasías se ha apartado de Jehová (v. 27). Si Jesús no llena todo nuestro corazón, el enemigo sabrá qué poner en el lugar que ha quedado vacío.

Después de haber sufrido una amarga derrota ante el rey de Israel, el pobre Amasías aún vive quince años; luego lo matan, sin que él haya manifestado signo alguno de arrepentimiento.

2 Crónicas 26:1-15

Se nos presenta al rey Uzías como un hombre de espíritu excepcionalmente amplio. Su largo reinado tan particular, ya que duró cincuenta y dos años, se caracteriza por una constante actividad. El rey cuida que no le falte nada a su pueblo: pozos, ganado, labranzas, viñas, todo esto acompañado con una fuerte protección militar. En resumen, asegura **prosperidad y seguridad** a su reinado.

¿No tienden los esfuerzos de los hombres hacia estas dos metas? Y en general, ¿a qué los conduce esto? ¿A ser más agradecidos para con Dios? ¿A emplear sus bienes en el servicio del Señor? ¡No!, más bien a atribuirse el mérito de ello, a confiar en las riquezas adquiridas y a gozar de ellas egoístamente. Estos mismos peligros amenazan a un creyente que está materialmente a sus anchas. Corre el riesgo de apoyarse en sus propios recursos y de sentirse fuerte. Por eso mismo deja de contar con la **maravillosa** ayuda de Dios (v. 15) y pierde el beneficio que ello implica. En estas condiciones, la caída no tardará.

Uzías había preparado todo para resistir un asalto **exterior**. Pero había descuidado velar sobre el frente **interior**, dicho de otro modo, sobre su propio corazón.

2 Crónicas 26:16-23

Cinco reyes: Asa, Josafat, Joás, Amasías, Uzías. **¡Cinco historias** que tienen entre ellas una trágica semejanza! Cinco veces un reinado con un comienzo feliz cae en una trampa diferente que lo conduce a la fatal caída.

Retengamos bien el nombre de cada una de esas trampas. Porque el astuto enemigo no ha dejado de emplearlas para hacer tropezar a los hijos de Dios. Para Asa, se trató del **apoyo del mundo**; para Josafat, de su **alianza** y amistad; Joás cayó a causa de sus **halagos**, mientras que Amasías se apartó tras sus **ídolos**. Finalmente vemos aquí que el **orgullo** espiritual (1 Juan 2:16) hace tropezar a Uzías.

El nombre de ese rey significa “fuerza **de Dios**”; llegado el momento en que sacó fuerza de **sí mismo**, esto le provocó su ruina (v. 16). Frente a los sacerdotes, a quienes tiene el atrevimiento de reemplazar en sus santas funciones, es herido solemnemente por mano de Jehová (Proverbios 16:18).

El orgullo está en el fondo de cada uno de nuestros corazones desde mucho antes de hacer su aparición exterior como una lepra en nuestra frente. Si lo juzgamos inmediatamente, Dios no se verá obligado a hacerlo, infligiéndonos quizás una pública humillación.

2 Crónicas 27:1-9

Este corto capítulo tiene solamente buenas cosas que decirnos de **Jotam**, hijo y sucesor de Uzías. Aunque él también se hizo fuerte (v. 6), supo sacar provecho de la terrible lección recibida por su padre, como lo subraya el versículo 2. ¡Es una señal de sabiduría! Si nos dejamos instruir por la experiencia de otro, evitaremos tener que pasar por la misma dolorosa lección. Jotam triunfa sobre los hijos de Amón. ¿Cuál es su secreto? Retengámoslo si deseamos adquirir esta fuerza divina: **“Ordenó sus caminos** delante de Jehová su Dios” (v. 6, V. M.) Ordenar sus caminos es poner su andar de acuerdo con las instrucciones de la Palabra, es disponerlos delante de Dios como para solicitar su aprobación. “Examina la senda de tus pies, y **todos tus caminos sean rectos**. No te desvíes a la derecha ni a la izquierda; aparta tu pie del mal” (Proverbios 4:26-27).

¡Desgraciadamente el pueblo no sigue el ejemplo de ese rey fiel! Continúa corrompiéndose (v. 2). El tiempo de Jotam no corresponde, pues, a un **despertar** como el que el Espíritu de Dios producirá bajo los reinados de Ezequías y Josías.

2 Crónicas 28:1-15

En contraste con Jotam, de quien solo se nos habla bien, ni una palabra puede ser dicha en beneficio de su hijo, el miserable **Acaz**. ¡En ese horrible reinado todo es un ultraje a Jehová! ¡En qué estado cayó el pueblo de Judá! Para castigarlo, Dios emplea sucesivamente al rey de Siria y al de Israel. En un día, este último mata ciento veinte mil hombres y se apodera de doscientas mil personas más. Pero, como viene a declararlo el profeta Obed, la lección vale tanto **para el vencedor** como **para el vencido**. ¿Y no sirve también **para nosotros**? Antes de juzgar a otros, preguntémonos si no tenemos también pecados contra Dios, que solo **nos conciernen a nosotros** (v. 10; Mateo 7:2-4). En este sentido habló Obed a los hombres de Israel. Cuatro de ellos, citados con sus nombres, son profundamente conmovidos e interceden a favor de los cautivos. Y, después de haber logrado su liberación, multiplican los cuidados para con ellos y los conducen de vuelta a Judá. Ponen en práctica Romanos 12:20-21. ¡Qué hermoso ejemplo de amor y abnegación! ¿No nos hace pensar en la manera en que obra el samaritano de la parábola? (Lucas 10:33-34).

2 Crónicas 28:16-27

Insensible a la gracia que le había devuelto los cautivos de su pueblo, Acaz se hunde cada vez más en el mal. Ahora busca ayuda de parte del rey de Asiria. Sin embargo está escrito: “Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo” (Jeremías 17:5). A pesar de las riquezas que da a Tiglat-pileser, despojando el templo, ese rey “no le ayudó” (v. 21). Entonces el impío Acaz agrega algo más a su pecado. Busca la ayuda –que los hombres no le dan– junto a los ídolos, dicho de otro modo, junto a los demonios (1 Corintios 10:20). Pero, evidentemente, no solo no la obtiene, sino que es la señal de su propia ruina.

Al mismo tiempo, para colmar la medida, Acaz cierra las puertas del templo, como se hace con una casa en venta o abandonada. Prohíbe el acceso al santo santuario, después de haberlo llenado de suciedad e inmundicias (cap. 29:5, 16). La declaración de la Palabra es terminante: “Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él” (1 Corintios 3:17). ¡Sí, se colma la medida! Acaz muere y ni siquiera se lo considera digno de compartir el sepulcro con sus antepasados.

2 Crónicas 29:1-19

Aunque las Crónicas no lo mencionan, llegamos al momento en que Jehová acaba de transportar en cautiverio a las diez tribus de Israel, por medio del rey de Asiria. Acaz brindó a Dios todos los motivos para que hiciera otro tanto con el reino de Judá. Pero la gracia tiene todavía un recurso que nada dejaba prever. Es un rey fiel: **Ezequías**. La providencia de Dios lo hizo escapar de los horribles sacrificios de niños a Moloc, de los cuales sus hermanos fueron víctimas (cap. 28:3; 2 Reyes 16:3; 23:10). Es “un tizón arrebatado del incendio” (Zacarías 3:2). ¡Cuánto debió sufrir este joven bajo el infame reinado de su padre! Apenas ocupa el trono, sin perder un solo día, con la ayuda de los sacerdotes y los levitas designados por sus nombres, emprende la obra de purificación, que comienza el **primer** día, del **primer** mes, del **primer** año (v. 3, 17).

Queridos amigos, comiencen **sin tardar** la puesta en orden de su corazón, si no lo han hecho todavía. Abran de par en par las puertas a Aquel que quiere penetrar en él. Echen fuera la inmundicia tolerada bajo el precedente reinado del príncipe de las tinieblas. Santifiquen su corazón para Jesucristo. Él quiere morar en él, desde hoy y para siempre.

2 Crónicas 29:20-36

Nada menos que dieciséis días son necesarios para que los catorce levitas y sus hermanos terminaran completamente la limpieza de la casa de Jehová y la pusieran en orden. Pero no basta que sea “desocupada, barrida y adornada” (Mateo 12:44). Ahora se debe restablecer el culto de Jehová. Apenas realizada la santificación del santuario, Ezequías, nuevamente, actúa en seguida; se levanta **temprano** para ofrecer los sacrificios en compañía de los principales de la ciudad y los sacerdotes (pero sin tomar el lugar de estos, como lo hizo Uzías). Notemos que el holocausto y la ofrenda de expiación son hechos **para todo Israel** (v. 24). No lo olvidemos: los creyentes que recuerdan al Señor alrededor de Su mesa solo son una débil «expresión» de todo **el pueblo de Dios**. El pan y la copa recuerdan el sacrificio ofrecido no solo para el pequeño número de los que están presentes, sino para la multitud de los redimidos que componen la Iglesia universal. Finalmente, el **cántico** acompaña el holocausto (v. 27-28). No podía precederlo. No había alabanza ni gozo posible antes de la obra del Gólgota. Pero ahora que está cumplida una vez para siempre, puede comenzar el servicio de los verdaderos adoradores... y nunca se acabará (Salmo 84:4).

2 Crónicas 30:1-14

El inteligente corazón de Ezequías comprende que ahora se debe restablecer la **Pascua**. Esta tendrá lugar en el segundo mes, como lo autoriza Números 9:11. El **amplio corazón** de Ezequías abarca a todo Israel, adonde envía mensajeros... lo mismo que hoy en día el Señor hace publicar en todas partes la invitación de su gracia. ¿Halla en usted y en mí siervos a quienes puede encargar el precioso mensaje? ¿Qué contiene este?:

1. “Volveos a Jehová”: es el **arrepentimiento**
2. “Dad la mano a Jehová”: es la **fe** (v. 8, V. M.)
3. “Venid a su **santuario**”: es buscar el lugar de su presencia
4. “**Servid** a Jehová”
5. “Vuestro Dios es **clemente y misericordioso**” (v. 9).

Semejante mensaje encuentra muchas burlas (v. 10). La mayoría reserva una acogida incrédula e indiferente a los llamados de la gracia. No obstante, vale la pena hacerlos oír, ya que algunos se humillan y van a Jerusalén donde se reúne una gran congregación. Allí sigue la purificación empezada por los levitas. Los altares que Acas se había hecho “en todos los rincones” de Jerusalén (cap. 28:24) van a encontrarse con las inmundicias del templo en el fondo del torrente de Cedrón (cap. 29:16).

2 Crónicas 30:15-27

Como el rey de la parábola, Ezequías hizo proclamar en todo el país la invitación de la gracia: “He aquí, he preparado mi comida... todo está dispuesto; venid” (Mateo 22:4). Muchos no lo tuvieron en cuenta. Y de los que vinieron, una gran parte no estaban santificados (v. 17). ¿Qué hacer? ¿Deben ser enviados de vuelta a casa? ¡En absoluto! Al igual que los convidados al gran festín reciben un vestido de boda del rey, la gracia de Dios se ocupa de purificar a esos israelitas, a fin de hacerlos aptos para su santa presencia. Y esa purificación se cumple precisamente por medio de la Pascua que vinieron a celebrar. La sangre de las víctimas sacrificadas provee a su **santificación**.

Pensamos en la **sangre de Jesús**, el santo Cordero de Dios. Ella nos limpia de todo pecado (1 Juan 1:7). En cuanto a los débiles e ignorantes, Ezequías, figura de Cristo, intercede a su favor para que Dios los perdone.

Luego viene la fiesta de los panes sin levadura. Nos habla de la santificación práctica. La acompaña un gran **gozo**, prueba de que la separación para Dios de ningún modo es sinónimo de tristeza. Y la oración de los portavoces del pueblo alcanza su meta: llega a la santa morada de Jehová en los cielos.

2 Crónicas 31:1-8

Los israelitas que respondieron al llamado de Ezequías gozaron grandemente de la presencia de Jehová. Ahora se van llenos de celo, destruyendo por el país toda huella de la religión de los ídolos. Al experimentar personalmente el valor del **verdadero culto** a Dios, ahora reconocen cuánto se habían apartado de él anteriormente.

Es una verdad de gran importancia. Para ser capaz de juzgar el mal, primero se debe encontrar al Señor. Es inútil exhortar sencillamente a alguien a rechazar el mundo y sus ídolos. Empecemos por conducir esa persona a Jesús; esto dará sus frutos. Tal es la lección que Ezequías nos da aquí.

La beneficencia no se separa de los demás sacrificios (véase Hebreos 13:15-16). Las primicias y los diezmos se amontonan en ocasión de las dos grandes fiestas anuales que seguían a la Pascua: Pentecostés en el tercer mes, y los Tabernáculos en el séptimo (v. 7). El rey toma de sus propios bienes lo que es necesario para los holocaustos. Y el pueblo lo imita, como ya lo había hecho al destruir los falsos dioses. La fuerza del **ejemplo** es más grande que la de las palabras. En lo que nos concierne, no lo olvidemos (véase 2 Tesalonicenses 3:7-9).

2 Crónicas 31:9-21

El rey interroga a los sacerdotes respecto de los “montones”. De la misma manera, el Señor se entera de todo lo que damos (o no damos) para él. Siempre será poca cosa: “Cinco panes de cebada y dos pececillos” (Juan 6:9), pero él sabrá multiplicarlo. Y habrá de sobra después que cada uno haya sido saciado (v. 10; véase Juan 6:12; Malaquías 3:10). Nada de lo que Dios nos da debe perderse o despilfarrarse.

Se designan mayordomos y administradores. Para unos, sus funciones consisten en encargarse de las provisiones, para otros, en distribuir “con **fidelidad** a sus hermanos sus porciones” (v. 15). “Ahora bien – dice el apóstol–, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado **fiel**” (1 Corintios 4:2). Él mismo dio ejemplo de ello cuando fue personalmente a Jerusalén a llevar el producto de una colecta (Romanos 15:25-26; 1 Corintios 16:3-4). Pero esa fidelidad no es menos importante cuando se trata del alimento espiritual para el pueblo de Dios.

Ezequías hizo lo **bueno, recto y verdadero, de todo corazón**. Es un hermoso resumen de su actividad. ¡Ojalá el Señor pueda decir otro tanto de cada uno de nosotros al fin de nuestra carrera!

2 Crónicas 32:1-15

Era de esperar: “estas cosas y esta fidelidad”, agradables a Dios, eran insoportables al **gran enemigo**. No dejaron de excitarle contra Judá y contra su rey. La alegría que podamos gozar en el Señor no debe hacernos olvidar la presencia del adversario que busca a quien devorar (1 Pedro 5:8). Satanás, pues, pasa al ataque. Impulsa al poderoso rey de Asiria contra Jerusalén, el cual comienza por dirigir al pueblo un discurso amenazador y pérfido: «Ezequías –les dice– os entrega a la muerte por **hambre y sed**» (v. 11). ¡Pura mentira! Las cámaras del santuario ¿no estaban abundantemente **provistas?** (cap. 31:10-12). Y gracias al acueducto que el rey acababa de construir (comp. v. 4 con 2 Reyes 18:17; 20:20), llegaba agua fresca al interior mismo de la ciudad.

Todavía hoy día, el **Mentiroso** habla así. Si se le escucha, seguir junto a Jesús significa exponerse a la penuria y las privaciones. ¡Pero sabemos que es absolutamente lo contrario! Cristo es el pan de vida (Juan 6:48-51), es la fuente de aguas vivas (Juan 7:37), mientras que afuera impera la sed (v. 4).

2 Crónicas 32:16-33

A lo largo de los capítulos 18 y 19 del segundo libro de Reyes, leímos las injuriosas declaraciones del Rabsaces, seguidas de la carta del rey de Asiria. ¿Cómo le contesta Ezequías? ¡Por medio de la oración! Isaías y él, los dos juntos, claman a Dios a ese respecto (v. 30). Es **la reunión de oración** más reducida. Pero el Señor la considera como tal y, conforme a su promesa ella tiene un irresistible poder: “Si **dos** de vosotros se pusieren de **acuerdo...** acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos” (Mateo 18:19). Por un lado, dos hombres en oración; por otro, un formidable ejército. La victoria es de los primeros; la multitud de los sitiadores es aplastada, ¡y esto sin saber cómo! Su supremo jefe se vuelve “avergonzado”, y perece a su vez, asesinado por sus propios hijos (v. 21).

Después del rey de Asiria, llega el **rey de los espantos: la Muerte** (Job 18:14), enemigo más espantoso aún, que se presenta para tragarse a Ezequías. Pero contra ella la oración también es soberana y Dios lo libera otra vez.

¡Ay!, este feliz reinado no se acabará sin un eclipse: un grave fallo debido al orgullo, pero, gracias a Dios, seguido por la humillación y la restauración.

2 Crónicas 33:1-13

El reinado de Manasés establece un doble récord: el de la **duración** (cincuenta y cinco años) y el de la **maldad**. ¿Qué explica esa excepcional duración, mientras que la **iniquidad** era particularmente insoportable ante la mirada de Jehová? Con admiración lo comprendemos: es la paciencia de la **gracia**. No olvidemos que esta caracteriza los dos libros de las Crónicas, desde el principio hasta el fin. Después de haber hablado a Manasés y a su pueblo – pero sin ser escuchado (v. 10)– Jehová emplea el idioma de las cadenas y del cautiverio, el cual finalmente es escuchado. El ejemplo de Manasés nos enseña que no hay pecador demasiado grande, cuyo corazón Dios no pueda cambiar. Y de toda la Escritura, este relato es uno de los más alentadores. Nunca pensemos que una persona está demasiado hundida en el mal para poder ser salva.

En el reinado del impío Manasés también tenemos abreviada la historia profética de Israel. El nombre de ese rey significa «**olvido**», y nos recuerda la declaración de Jehová: “Mi pueblo se ha **olvidado** de mí por innumerables días” (Jeremías 2:32). El actual exilio de Israel, bajo el yugo de las naciones, es la consecuencia de ese abandono. Pero, como para Manasés, será asimismo el medio para despertar por fin su conciencia y su corazón.

2 Crónicas 33:14-25

La gracia de Dios no solo se dejó doblegar por la súplica de Manasés, sino que aun le dio **la oportunidad de reparar**, en cierta medida, el mal que había cometido anteriormente. Hay conversiones que solo tienen lugar en el lecho de muerte. Si bien el alma todavía **está a tiempo de ser salvada**, en cambio, es **demasiado tarde para servir** al Señor aquí en la tierra. ¡Es una irreparable pérdida para la eternidad! (2 Corintios 5:10; 1 Corintios 3:15).

Una conversión se comprueba por sus frutos. Todo Judá es testigo de la de Manasés. Ahora rechaza los falsos dioses a los cuales había servido; el culto de Jehová reemplaza al de los ídolos. Esta es la señal de una verdadera **conversión** (1 Tesalonicenses 1:9). Conversión significa **vuelta**, un **completo cambio** de dirección. Jesús llega a ser el blanco de la vida, y toda la energía, usada hasta entonces para servir al mundo y al pecado, es reemplazada por la abnegación para el Señor.

Amón no saca ningún provecho del ejemplo de su padre (Jeremías 8:12). La humillación no se produce en su corazón. Por eso, pasa “como flor del campo”; según la expresión del profeta: “El viento de Jehová sopló en ella” (Isaías 40:6-7).

2 Crónicas 34:1-33

Josías significa: **“Aquel de quien Dios tiene cuidado”**. Todos tendríamos el derecho de llevar este hermoso nombre. Acompañado desde su nacimiento por esos cuidados de Jehová, Josías empieza a buscarle a la edad de dieciséis años. Entonces emprende la gran obra del despertar considerada en 2 Reyes 22 y 23.

Dieciséis años, quizá sea la edad de algunos de nuestros lectores. Ya no son niños; la vida se abre ante ellos con todas sus posibilidades. La juventud es un precioso capital que Dios les da. ¿Cómo van a emplearla? Algunos la derrochan locamente y más tarde cosechan amargos frutos. Otros, más prudentes a los ojos de los hombres, la consagran para obtener un ventajoso lugar en la vida. Finalmente otros, los más sabios, hacen como Josías. Buscan **primeramente** al Señor, después ponen todo de acuerdo con Su voluntad (Mateo 6:33). La ley fue hallada en el templo, en el transcurso de las obras. Josías hace que el pueblo en su conjunto la aproveche; pero, mala señal, debe **obligarlo** a servir a Jehová (v. 33). La obediencia al Señor, ¿no debería surgir de nuestro amor por él? “Estas palabras que yo te mando hoy, estarán **sobre tu corazón**”, decía Moisés al pueblo en el momento en que les daba este libro (Deuteronomio 6:6).

2 Crónicas 35:1-14

La celebración de la **Pascua** por Josías y el pueblo ocupa aquí cerca de un capítulo, mientras que el segundo libro de los Reyes le consagra solo tres versículos (cap. 23:21-23). Es la consecuencia del retorno a la Palabra, a la cual asistimos en el capítulo precedente. Para Israel, la Pascua era la primera institución divina, dada ya antes de la salida de Egipto. Correspondía al recuerdo de la gran liberación. Para los hijos de Dios, existe también tal «**memorial**» (1 Corintios 11:24-25). Alrededor de la Mesa del Señor, cada primer día de la semana los redimidos recuerdan su gran salvación y a Aquel que la cumplió. ¿Qué caracteriza esta Pascua así como el culto cristiano? Primero, **la presencia** del arca: Cristo (v. 3). Después, necesariamente, **la santidad**: al ser santa el arca, los levitas deben santificarse a fin de estar limpios para esta presencia. Finalmente, el objeto mismo de la fiesta es la ofrenda de los sacrificios. Nos recuerdan que cada creyente está invitado a ofrecer a Dios, no solo el domingo, sino **sin cesar**, “sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre” (Hebreos 13:15).

2 Crónicas 35:15-27

Se está a punto de dar vuelta a la página. Los espantosos reinados de Manasés y Amón condujeron a que Jehová tomase una decisión irrevocable respecto de Judá. Pero, ¡cuán precioso es ver la gracia que en este período final produce un **despertar** como el de Josías!

El juicio del mundo actual también está a la puerta. Todo lo deja prever. Sin embargo, aun en tiempos como estos, el Espíritu de Dios se complace en suscitar despertares aquí y allá. Y ante todo, él desea producir un despertar en cada uno de nuestros corazones.

Esta Pascua recuerda los días de antaño; no solo los de Salomón y David, sino los antiguos tiempos de Samuel. Todo se hace con orden; cada uno está en su lugar; se ejercita el amor fraternal. Es una escena que brilla tanto más, por cuanto se halla intercalada entre los impíos reinados de los precedentes reyes y la decadencia final que va a seguir.

El fin de Josías no está a la altura del resto de su carrera. Al igual que Ezequías, tropieza en sus relaciones con los poderes políticos de su tiempo. Pese a una advertencia, que viene de Dios mismo, se opone al Faraón y halla la muerte en una batalla que no debió dar.

2 Crónicas 36:1-14

En su conjunto, el pueblo de Judá no siguió el ejemplo de Josías. Muchas señales lo mostraban. Se les **impuso** la obediencia a la ley. Durante la Pascua, estaban lejos de manifestar la misma alegría y la misma espontaneidad que en la Pascua de Ezequías. El mismo rey y los jefes tuvieron que proveer los sacrificios (cap. 35:7-9). Ahora que el fiel Josías ha sido retirado, que el justo ha sido “quitado de delante del mal” (Isaías 57:1, V. M.), nada impide que Jehová ejecute su juicio contra Judá. Entonces, los acontecimientos se precipitan; cuatro soberanos se suceden: Joacaz, Joacim, Joaquín y Sedequías... ¡unos peores que otros! Su espíritu de rebeldía da la ocasión, primero para Egipto y luego para Babilonia, de intervenir en los asuntos del pequeño reino. El adversario y el enemigo entran por las puertas de Jerusalén (Lamentaciones de Jeremías 4:12); tres veces se van a producir parciales transportaciones a Babilonia, sufriendo los objetos del templo la misma suerte que las personas. Los versículos 14 y siguientes subrayan que los jefes de los sacerdotes y el pueblo comparten la responsabilidad de sus reyes en el juicio que los alcanza.

2 Crónicas 36:15-23

Aunque las «Crónicas» son libros de la gracia, deben concluir que **“no hubo ya remedio”** (v. 16); porque cuando se menosprecia la gracia, no queda sino “una horrenda expectación de juicio” (Hebreos 10:27). Las palabras del versículo 15: “Él tenía misericordia de su pueblo”, vienen a ser en el versículo 17: “Y no tuvo compasión” (V. M.)

De la misma manera, el que “tuvo compasión” de las multitudes... poco después pronunció una sentencia inapelable contra las ciudades de donde venían esas muchedumbres (Mateo 9:36; 11:21-23). Pese a esto, hallamos aquí todavía la misericordia divina. Al contrario de los Reyes, las Crónicas pasan muy rápidamente sobre este triste período final. Y estos libros no terminan con la transportación misma, sino con el decreto de Ciro (v. 22-23) que le pone fin, setenta años más tarde. Así, a pesar de todo, la insondable gracia de Dios tiene **la última palabra**. Estos acontecimientos no son relatados como lo harían nuestros libros de historia. Dios no nos cuenta los hechos sencillamente para interesar nuestro espíritu y enriquecer nuestra **memoria**. Su intención es hablar a nuestra **conciencia** y tocar nuestro **corazón**. ¿Alcanzó esta meta al dirigirse a usted?